

# EL ÚLTIMO HÉROE

## UNA FÁBULA DEL MUNDODISCO

Avance editorial

por TERRY PRATCHETT  
ilustrado por PAUL KIDBY



La Concha de Gran A'Tuin  
<http://mundodisco.dreamers.com/>

*El último héroe* sale a la venta el 13 de noviembre de 2009  
176 páginas - 28x24 cm - ISBN 9788401337352

Avance editorial distribuido en *La Concha de Gran A'Tuin* con permiso de los editores.

Título original: *The Last Hero. A Discworld Fable.*

© 2001, 2002 Terry y Lyn Pratchett, Paul y Sandra Kidby

Publicado por acuerdo con Victor Gollancz Limited,  
una división de The Orion Publishing Group, Londres.

Todos los derechos reservados

© 2009 Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia 47-49. 08021 Barcelona

© 2009 Javier Calvo Perales, por la traducción



l *lugar* donde sucedió la historia era un mundo cargado a lomos de cuatro elefantes posados en la concha de una tortuga gigante. Esa es la ventaja que tiene el espacio. Es lo bastante grande para albergar prácticamente cualquier cosa y, por tanto, en algún momento acaba por hacerlo.

A la gente le parece raro que haya una tortuga que mida quince mil kilómetros y un elefante con más de tres mil kilómetros de altura, lo cual demuestra que el cerebro humano no está bien adaptado para pensar y que lo más probable es que originalmente fuera diseñado para enfriar la sangre. El mero tamaño le parece algo *asombroso*.

El tamaño no tiene nada de asombroso. Las tortugas son asombrosas, y los elefantes son bastante increíbles. Pero el hecho de que exista una tortuga grande es mucho menos asombroso que el hecho de que exista en algún lugar una tortuga.

El *porqué* de la historia fue una mezcla de muchas cosas. Estaba el deseo de la humanidad de llevar a cabo gestas prohibidas por el mero hecho de que estaban prohibidas. Estaba su deseo de encontrar horizontes nuevos y de matar a la gente que vivía más allá de ellos. Estaban los pergaminos misteriosos. Estaba el pepinillo. Pero por encima de todo estaba el conocimiento de que un día, muy pronto, todo se acabaría.

«En fin, la vida continúa», dice la gente cuando alguien muere. Pero desde el punto de vista de la persona que acaba de morir, no es así. Es el universo el que continúa. Justo cuando el difunto le estaba cogiendo el tranquilo a cada cosa, todo le es arrebatado, por enfermedad o por accidente o, en una ocasión, por un pepinillo. Por qué ha de ser así es uno de los imponderables de la vida, a la vista del cual la gente o bien se pone a rezar... o bien se enfada mucho, mucho.



l *principio* de la historia sucedió hace decenas de millares de años, en una noche salvaje y tormentosa, cuando una llamita diminuta bajó de la montaña que hay en el centro del mundo. Descendió dando bandazos y sacudidas, como si la persona invisible que la llevaba fuera resbalando y cayendo de roca en roca.

En un momento dado la línea de fuego se convirtió en una estela de chispas que fue a parar a un montículo de nieve situado al fondo de una grieta del glaciar. Pero la mano que salió disparada de la nieve sostenía las brasas humeantes de la antorcha, y el viento, empujado por la ira de los dioses, y con un sentido del humor particular, devolvió con un azote la llama a la vida...

Y después de eso, ya no murió nunca.



La *final* de la historia empezó muy por encima del mundo, pero fue bajando más y más a medida que trazaba círculos descendentes en dirección a la antigua y moderna ciudad de Ankh-Morpork, donde se decía que podía comprarse y venderse cualquier cosa; y si no tenían lo que buscabas, lo podían robar para ti.

Había incluso quien lo podía soñar...

La criatura que ahora buscaba un edificio en concreto era un albatros absurdo adiestrado, y para los estándares del mundo no era particularmente raro.\* Era, eso sí, absurdo. Ocupaba su vida entera en una serie de viajes perezosos entre el Eje y el Borde, y ¿qué lógica tenía eso?

Aquel ejemplar estaba más o menos domesticado. Su mirada brillante y enloquecida localizaba los lugares donde, por razones completamente ajenas a su comprensión, se podían encontrar anchoas. Y donde alguien le quitaría aquel incómodo cilindro de la pata. Al albatros le parecía un trato bastante bueno, de lo cual se puede deducir que aquellos albatros eran, si no completamente absurdos, por lo menos bastante tontos.

Completamente distintos de los humanos, por tanto.



Se ha dicho que volar es uno de los grandes sueños de la humanidad. En realidad no es más que un vestigio de los ancestros del hombre, cuyo mayor sueño era caerse de la rama. De todos modos, entre los grandes sueños de la humanidad también está el de ser perseguido por unas enormes botas con dientes. Y nadie dice que ese otro tenga algún sentido.



Tres ajetreadas horas más tarde, lord Vetinari, el patricio de Ankh-Morpork, se encontraba en la sala principal de la Universidad Invisible, y estaba impresionado. Los magos, en cuanto entendían la urgencia de un problema, y entonces terminaban de comer y discutían sobre el budín, en realidad eran capaces de actuar con bastante rapidez.

Su método para encontrar soluciones, por lo que podía ver el patricio, era el alboroto creativo. Si la pregunta era: «¿Cuál es el mejor conjuro para convertir un libro de poemas en una rana?», entonces lo único que los magos no harían es buscar en algún libro con un título como *Principales conjuros anfibios en un entorno literario: una comparativa*. En cierta manera, eso sería hacer trampa. Lo que hacían en cambio era discutir la cuestión, todos de pie frente a una pizarra, quitándose la tiza unos a otros y

---

\* Comparado, por ejemplo, con las abejas republicanas, que comiteaban en vez de enjambrar y tenían tendencia a quedarse mucho dentro de la colmena, votando a favor de más miel.

borrando partes de lo que estaba escribiendo quien tenía la tiza en ese momento antes de que pudiera terminar la frase por el otro lado. De alguna forma, sin embargo, todo parecía funcionar.

Ahora había una cosa en el centro de la sala. Al patricio, que era un hombre con educación artística, le pareció una enorme lupa de aumento rodeada de cachivaches.

—Técnicamente, milord, con un omniscopio se puede ver cualquier lugar —dijo el archicanciller Ridcully, que técnicamente era el líder de Toda la Hechicería Conocida.\*

—¿En serio? Extraordinario.

—Cualquier lugar y también cualquier tiempo —continuó Ridcully, sin parecer impresionado él tampoco.

—Qué extremadamente útil.

—Sí, eso dicen —dijo Ridcully, dando pataditas taciturnas al suelo—. El problema es que, como el trasto de los demonios puede ver *cualquier lugar*, es prácticamente imposible hacer que vea *ningún lugar*. Por lo menos ningún lugar que valga la pena ver. Y le sorprendería cuántos lugares hay en el universo. Y tiempos, también.

—La una y veinte, por ejemplo —dijo el patricio.

—Entre otros, ciertamente. ¿Le apetece echar un vistazo, milord?

Lord Vetinari se acercó con cautela y se asomó a la lente enorme y redonda. Frunció el ceño.

—Lo único que puedo ver es lo que hay al otro lado —dijo.

—Ah, eso es porque está sintonizado en aquí y ahora, señor —informó un joven mago que aún estaba ajustando el artefacto.

—Ah, ya veo—dijo el patricio—. De hecho, en palacio también tenemos aparatos como este. Los llamamos «ven-ta-nas».

—Bueno, pero si hago esto —dijo el mago, y le hizo algo al armazón de la lente—, mira hacia el otro lado. —Lord Vetinari miró su propia cara.

—Y a estos los llamamos «es-pe-jos» —dijo, como si se lo estuviera explicando a un niño.

—Creo que no, señor —replicó el mago—. Se tarda un momento en darse cuenta de lo que se está viendo. Levantar una mano suele ayudar.

Lord Vetinari le dirigió una mirada severa, pero probó a saludar sin mucho brío.

—Oh. Qué curioso. ¿Cómo se llama usted, joven?

—Ponder Stibbons, señor. El nuevo director de Magia Desaconsejablemente Aplicada. Verá, señor, el truco no es la fabricación del omniscopio, porque al fin y al cabo solo es una evolución de la antigua bola de cristal. Es hacer que vea lo que uno quiere. Es como afinar una cuerda, y si...

—Perdón, ¿magia aplicada cómo?

---

\* Es decir, todos los hechiceros que conocían al archicanciller Ridcully y estaban dispuestos a dejarse liderar.

—Desaconsejablemente, señor —dijo Ponder con naturalidad, como si confiara en poder evitar el problema pasándolo de largo—. En todo caso... creo que podemos orientarlo a la zona correcta, señor. El gasto de energía es considerable; tal vez tengamos que sacrificar otro hámster.

Los magos empezaron a congregarse alrededor del artefacto.

—¿Puede usarlo para ver el futuro? —preguntó lord Vetinari.

—En teoría sí, señor —dijo Ponder—. Pero sería muy... bueno, desaconsejable, verá usted, porque los estudios iniciales indican que el hecho de la observación colapsaría la función de onda en el espacio de fase.

Ni un músculo se movió en la cara del patricio.

—Disculpen, no estoy muy al día con el profesorado de la universidad —dijo—. ¿Usted es el que tiene que tomar las píldoras de extracto de rana?

—No, señor. Ese es el tesorero, señor —respondió Ponder—. Las tiene que tomar porque está loco, señor.

—Ah —dijo lord Vetinari, y ahora sí que había expresión en sus rasgos. Era la de un hombre que se está refrenando con firmeza para no decir lo que tiene en mente.

—Lo que quiere decir el señor Stibbons, milord —intervino el archicanciller—, es que hay billones y billones de futuros que, hum, como que existen, ¿sabe? Todos son... las posibles formas del futuro. Pero parece ser que el primero que uno mira es el que se convierte en *el* futuro. Y puede que no sea el que a uno le gustaría. Parece ser que todo está relacionado con el Principio de Incertidumbre.

—¿Y eso es...?

—No estoy seguro. El señor Stibbons es el que sabe de esas cosas.

Pasó un orangután con aire despreocupado, cargando un número extremadamente elevado de libros debajo de cada brazo. Lord Vetinari miró las mangueras que salían serpenteando del omniscopio, abandonaban la sala por la puerta abierta y cruzaban los jardines en dirección a... ¿cómo lo llamaban? ¿El Edificio de Magia de Altas Energías? Se acordó de los viejos tiempos, cuando los magos eran tipos demacrados y crispados y llenos de malicia. Entonces no habrían permitido que existiera ningún Principio de Incertidumbre durante ningún período prolongado; si no tenías la certeza, habrían dicho, ¿qué estabas haciendo mal? Las cosas que uno dejaba inciertas podían matarte.

El omniscopio parpadeó y mostró un campo nevado, con montañas negras a lo lejos. Pareció que esto satisfacía mucho al mago llamado Ponder Stibbons.

—Creía que había dicho usted que con este trasto lo podríamos encontrar, ¿no es así? —le dijo Vetinari al archicanciller.

Ponder Stibbons levantó la vista.

—¿Tenemos algo que haya sido suyo? ¿Algún objeto personal que haya dejado por aquí? —preguntó—. Lo podríamos meter en el resonador mórfico, conectarlo al omniscopio y lo localizaría como una flecha.

—¿Qué fue de los círculos mágicos y las velas goteantes? —quiso saber lord Vetinari.

—Bueno, son para cuando no tenemos prisa, señor —contestó Ponder.

—Me temo que Cohen el Bárbaro no es conocido por dejarse las cosas por ahí —dijo el patricio—. Cuerpos, tal vez. Lo único que sabemos es que se dirige a Cori Celesti.

—¿La montaña que hay en el Eje del mundo, señor? ¿Por qué?

—Confíaba en que me lo dijera usted, señor Stibbons. Por eso estoy aquí.

El Bibliotecario volvió a pasar tranquilamente con otro cargamento de libros. Otra reacción que tenían los magos cuando se enfrentaban a una situación nueva y extraordinaria era revisar sus bibliotecas para averiguar si ya había pasado alguna vez antes. Aquello, reflexionó lord Vetinari, era una característica óptima para la supervivencia. Quería decir que en los momentos de peligro uno se pasaba el día sentado muy calladito en un edificio de paredes muy gruesas.

Volvió a mirar el papel que tenía en la mano. ¿Por qué era tan estúpida la gente? Le llamó la atención una frase: «Dice que el último héroe debe devolver lo que el primer héroe robó».

Y por supuesto, todo el mundo sabía lo que había robado el primer héroe.



Los dioses se dedican a jugar con el destino de los hombres. No son juegos complicados, obviamente, porque los dioses no tienen paciencia.

Hacer trampa forma parte de las reglas. Y los dioses apuestan fuerte. Perder a todos sus creyentes supone, para un dios, el *final*. Pero un creyente que sobrevive al juego obtiene honor y creencia adicional. El que gana con el mayor número de creyentes, vive.

Entre los creyentes se puede incluir a otros dioses, por supuesto. Los dioses *creen* en la creencia.

Siempre había muchas partidas en marcha en Dunmanifestin, la morada de los dioses en Cori Celesti. Vista desde fuera parecía una ciudad atestada.\* No todos los dioses vivían allí, ya que muchos estaban vinculados

---

\*Pocas religiones detallan con precisión el tamaño del cielo, pero en el planeta Tierra el Libro del Apocalipsis (cap. XXI, v.16) dice que es un cubo de doce mil estadios de lado. Lo cual equivale a algo menos de 15.000.000.000.000.000 de metros cúbicos. Incluso admitiendo que la Hueste Celestial y otros servicios esenciales ocupen por lo menos dos tercios de este espacio, eso deja alrededor de veintiocho mil metros cúbicos de espacio para cada ocupante humano, suponiendo que se permita la entrada a toda criatura a la que se pueda llamar «humana» y que la especie humana llegue algún día a ser un millar de veces el número de humanos que han vivido hasta ahora. Se trata de una cantidad de espacio tan generosa que sugiere que también se ha dejado sitio para algunas especies alienígenas, o bien —un pensamiento feliz— que se

a un país en particular o, en el caso de los más pequeños, incluso a un árbol. Pero era una Zona Bien. Era donde uno colocaba el equivalente metafísico de la reluciente placa dorada, como esos edificios pequeños y discretos situados en las áreas más elegantes de las grandes ciudades que, sin embargo, parecen albergar a ciento cincuenta abogados y contables, presumiblemente en algún tipo de estanterías.

La apariencia doméstica de la ciudad se debía a que, aunque los dioses influyen en la gente, la gente también influye en los dioses.

La mayoría de los dioses tenían forma de gente; y es que por lo general la gente no tiene demasiada imaginación. Incluso Offler el dios cocodrilo únicamente tenía *cabeza* de cocodrilo. Si se le pide a la gente que se imagine a un dios animal, lo que se les ocurrirá es básicamente alguien con una máscara pésima. Al hombre siempre se le ha dado mucho mejor inventarse demonios, que es la razón de que haya tantos.

Por encima de la rueda del mundo, los dioses seguían jugando. A veces se les olvidaba lo que pasaba cuando se dejaba a un peón subir hasta el final del tablero.



El rumor tardó un poco más en propagarse por la ciudad, pero los líderes de los grandes gremios acudieron a toda prisa en parejas y en grupos de tres a la universidad.

Luego los embajadores se enteraron de la noticia. Por toda la ciudad las enormes torres de señales interrumpieron momentáneamente su incesante tarea de exportar precios de mercado al mundo, mandaron la señal de despejar la línea para el tráfico de emergencia de alta prioridad y por fin transmitieron por clacs los funestos paquetitos a las cancillerías y castillos de todo el continente.

Estaban codificados, por supuesto. Si se tiene noticias del fin del mundo, no se quiere que se entere toda la gente.

Lord Vetinari contempló la mesa. Habían pasado muchas cosas en las últimas horas.

—Si me permiten que recapitule, damas y caballeros —dijo mientras se apagaba el barullo—, de acuerdo con las autoridades de Hunghung, la capital del Imperio Ágata, el emperador Gengis Cohen, antiguamente conocido como Cohen el Bárbaro, está de camino y ya cerca del hogar de los dioses con un artefacto de muy considerable poder destructivo y con la intención, parece ser, en sus palabras, de «devolver lo que fue robado». Y resumiendo, nos piden que lo detengamos nosotros.

—¿Por qué nosotros? —preguntó el señor Boggis, líder del Gremio de Ladrones—. ¡No es nuestro emperador!

—Tengo entendido que el gobierno agateo nos cree capaces de

---

permiten mascotas.

cualquier cosa —dijo lord Vetinari—. Tenemos nervio, garra, brío y una actitud de poder con todo.

—¿Con todo el qué?

—En este caso, con salvar el mundo —repuso lord Vetinari después de encogerse de hombros.

—Pero tendremos que salvarlo para todos, ¿no? —objetó el señor Boggis—. ¿Para los extranjeros también?

—Bueno, sí. No se pueden salvar solamente las partes que le gustan a uno —dijo lord Vetinari—. Pero lo que tiene salvar el mundo, damas y caballeros, es que incluye de forma inevitable el trozo que le contiene a uno. Así que prosigamos. ¿Nos puede ayudar la magia, archicanciller?

—No. Nada mágico puede acercarse a menos de ciento cincuenta kilómetros de las montañas —respondió el archicanciller.

—¿Por qué no?

—Por la misma razón que no se puede meter un velero dentro de un huracán. Simplemente hay demasiada magia. Sobrecargaría cualquier cosa mágica. Una alfombra mágica se desharía en mitad del aire.

—O se convertiría en brécol —dijo el decano—. O en un pequeño volumen de poesía.

—¿Están diciendo que no podemos llegar ahí a tiempo?

—Bueno... sí. Exacto. Por supuesto. Ya están cerca de la falda de la montaña.

—Y son héroes —recalcó el señor Buenacolina del Gremio de Historiadores.

—¿Y eso qué quiere decir, exactamente? —preguntó el patricio, suspirando.

—Que se les da bien hacer lo que quieren hacer.

—Pero también son, por lo que tengo entendido, hombres muy viejos.

—*Héroes* muy viejos —lo corrigió el historiador—. Lo cual únicamente significa que tienen mucha experiencia en hacer lo que quieren hacer.

Lord Vetinari volvió a suspirar. No le gustaba vivir en un mundo de héroes. Estaba la civilización, por llamarla de alguna manera, y estaban los héroes.

—¿Qué ha hecho exactamente Cohen el Bárbaro que sea heroico? —preguntó—. Solo busco entenderlo.

—Bueno... ya sabe... hazañas heroicas...

—¿Como por ejemplo...?

—Luchar contra monstruos, derrotar a tiranos, robar tesoros preciados, rescatar a doncellas... esa clase de cosas —dijo el señor Buenacolina con vaguedad—. Ya sabe... cosas heroicas.

—¿Y quién exactamente define la monstruosidad de los monstruos y la tiranía de los tiranos? —dijo lord Vetinari, con la voz convertida de repente en un escalpelo: no brutal como una espada, sino hendiendo su filo en zonas vulnerables.

El señor Buenacolina cambió de postura, incómodo.

– Bueno... el héroe, supongo.

– Ah. Y el robo de esos objetos preciados... Creo que la palabra que me interesa aquí es el término «robo», una actividad mal vista por la mayoría de las religiones importantes del mundo, ¿verdad? La sensación que me sobreviene es que todos esos términos los define el héroe. Uno puede decir: soy un héroe, así que cuando te mato, te estoy convirtiendo, *de facto*, en la clase de persona susceptible de morir a manos de un héroe. Podría decirse, resumiendo, que un héroe es alguien que se permite todos los caprichos que, con la ley en la mano, lo pondrían enseguida entre rejas o a bailar lo que tengo entendido que se conoce como el fandango de la soga. Las palabras que usaríamos nosotros son: asesinato, saqueo, robo y violación. ¿He entendido bien la situación?

– Creo que violación no –dijo el señor Buenacolina, encontrando algo de suelo firme—. No en el caso de Cohen el Bárbaro. Tomar mujeres por la fuerza, tal vez.

– ¿Hay alguna diferencia?

– Es más una cuestión de enfoque, tengo entendido –dijo el historiador—. Creo que en realidad no ha habido jamás ninguna queja como tal.

– Hablando en calidad de abogado –intervino el señor Slant del Gremio de Abogados—, está claro que la primera hazaña heroica registrada a la que se refiere el mensaje fue un acto de robo a los legítimos propietarios. Así lo atestiguan las leyendas de muchas culturas distintas.

– Pero ¿era algo que se pudiera *robar*? –preguntó Ridcully.

– Sin duda –dijo el abogado—. El robo es parte central de la leyenda. El fuego les fue *robado* a los dioses.

– Esa no es la cuestión que nos ocupa –zanjó lord Vetinari—. La cuestión, caballeros, es que Cohen el Bárbaro está subiendo la montaña en la que viven los dioses. Y que no podemos detenerlo. Y que tiene intención de devolver el fuego a los dioses. Fuego, en este caso, bajo la forma de... déjenme ver...

Ponder Stibbons levantó la vista de sus cuadernos, donde había estado garabateando.

– Un barril de veinticinco kilos de arcilla del trueno agatea –apuntó—. Me sorprende que sus magos le dejaran llevárselo.

– Él era... en realidad, doy por sentado que sigue siendo el emperador –dijo lord Vetinari—. Así que me imagino que cuando el gobernante supremo del continente pide algo, no es buen momento para que un hombre prudente le exija un comprobante con la firma del señor Jenkins de Requisiciones.

– La arcilla del trueno es una sustancia terriblemente potente –observó Ridcully—, pero necesita un detonador especial. Hay que romper un frasco de ácido dentro de la mezcla. El ácido la empapa y entonces... patapumba, creo que es el término.

– Por desgracia, al hombre prudente también le pareció buena idea

darle un frasco de esos a Cohen —dijo lord Vetinari—. Y si el patapumba resultante tiene lugar en lo alto de la montaña, que es el eje del campo mágico del mundo, eso provocará, según tengo entendido, que el campo se colapse durante... ¿Me hace memoria, señor Stibbons?

—Unos dos años.

—¿En serio? Bueno, podemos pasar sin magia durante un par de años, ¿no? —dijo el señor Slant, apañándose las manos para dar a entender además que aquello sería una feliz circunstancia.

—Con todos los respetos —dijo Ponder, sin ningún respeto—, no podemos. Los mares se secarían. El sol se extinguiría y se estrellaría contra el Disco. Los elefantes y la tortuga podrían dejar de existir por completo.

—¿Todo eso en solo dos años?

—No, no. Eso pasaría al cabo de unos pocos minutos, señor. Verá, la magia es algo más que luces y bolas de colores. La magia es lo que mantiene el mundo de una pieza.

En el repentino silencio que siguió, la voz de lord Vetinari sonó vigorosa y clara.

—¿Hay alguien que sepa lo más mínimo de Gengis Cohen? —preguntó—. ¿Y hay alguien que nos pueda decir por qué, antes de marcharse de la ciudad, él y sus hombres secuestraron a un trovador inofensivo de nuestra embajada? Los explosivos... de acuerdo, muy bárbaro. Pero ¿por qué un trovador? ¿Alguien puede decírmelo?



Soplaba un viento cruel en las inmediaciones de Cori Celesti. Desde allí la montaña del mundo, que de lejos parecía una aguja, era una cascada áspera e irregular de picos ascendentes. La cúspide central se perdía dentro de una neblina de cristales de nieve, a muchos kilómetros de altura.

El sol los hacía centellear. Había varios ancianos apiñados en torno a una hoguera.

—Más vale que tenga razón en lo de la escalera de luz —dijo Willie el Chaval—. Como no esté ahí vamos a quedar de tontos para arriba.

—Tenía razón en lo de la morsa gigante —apuntó Truckle el Descortés.

—¿Cuándo?

—¿Te acuerdas de cuando estábamos cruzando el hielo? Cuando gritó: «¡Cuidado! ¡Nos va a atacar una morsa gigante!».

—Ah, sí.

Willie volvió a mirar la cúspide. El aire ya parecía más liviano, los colores más intensos, dándole la sensación de que podía estirar un brazo y tocar el cielo.

—¿Alguien sabe si hay un lavabo en la punta? —preguntó.

—Hombre, tiene que haberlo —dijo Caleb el Destripador—. Sí, estoy seguro de que he oído historias sobre él. El Retrete de los Dioses.

– ¿Mande?

Todos se volvieron hacia lo que parecía un montón de pieles sobre ruedas. Cuando la mirada sabía qué estaba buscando, el montón se convertía en una silla de ruedas vetusta, montada sobre esquís y cubierta con harapos de mantas y pieles. Un par de ojillos brillantes de animal se asomaban con recelo desde el montón.

Amarrado a la parte de atrás de la silla de ruedas había un barril.

– Debe de ser su hora de papear – dijo Willie el Chaval, poniendo al fuego una olla con hollín incrustado.

– ¿Mande?

– ¡QUE TE ESTOY CALENTANDO EL PAPEO, HAMISH!

– ¿Otra vez puta morsa ?

– ¡SÍ!

– ¿Mande?

Eran todos ancianos. Su conversación de fondo era una letanía de quejas sobre pies, estómagos y espaldas. Se movían despacio. Pero tenían una cierta expresión. La tenían en la mirada. Sus miradas decían que no importaba el lugar, ellos ya lo habían visitado. Que no importaba el qué, ellos ya lo habían hecho, a veces en más de una ocasión. Pero que nunca, nunca *comprarían* la camiseta de recuerdo. Y que en realidad sí conocían el significado de la palabra «miedo». Era algo que ocurría a otra gente.

– Ojalá estuviera aquí el Viejo Vincent – comentó Caleb el Destripador mientras atizaba el fuego ociosamente.

– Bueno, pero no está, y no hay más que hablar – atajó Truckle el Descortés –. Dijimos que no íbamos a sacar el tema, joder.

– Pero es que vaya forma de irse... Dioses, espero que no me pase a mí. Una cosa así... no le tendría que pasar a nadie...

– Que sí, que vale – dijo Truckle.

– Era un buen tío. Encajaba todo lo que el mundo le tiraba.

– *Que vale.*

– Y luego va y se asfixia con...

– ¡Lo sabemos todos! ¡Ahora cállate de una vez, cojones!

– La cena está hecha – dijo Caleb, sacando de las ascuas un pedazo de grasa humeante –. ¿Alguien quiere un buen bistec de morsa? ¿Qué me dice el señor Guapito?

Se volvieron hacia una figura humana que alguien había dejado apoyada en una roca. No se veía bien por culpa de las sogas, pero claramente iba vestida con ropa de colores vivos. Aquel no era lugar para llevar ropa de colores vivos. Era una tierra para llevar pieles y cuero. Willie el Chaval caminó hasta la colorida forma.

– Te quitaremos la mordaza – dijo – si prometes no gritar.

Unos ojos frenéticos salieron disparados a un lado y al otro y por fin la cara amordazada asintió.

– Muy bien, pues. Cómete este... ejem, cacho de morsa tan rico – dijo Willie el Chaval, sacándole el trapo.

—¿Cómo os atrevéis a traerme a rastras a...? —empezó a gritar el trovador.

—A ver si lo entiendes— le interrumpió Willie el Chaval—, a ninguno nos gusta tener que arrearte un sopapo en toda la oreja cuando te pones así, ¿verdad? Sé razonable.

—¿Razonable? ¿Cuando me habéis secuest...?

Willie el Chaval volvió a poner la mordaza en su sitio.

—Pedazo de mierdecilla —murmuró mirando los ojos furiosos—. Ni siquiera tienes arpa. ¿Qué clase de bardo no tiene ni un arpa? Solo esa especie de macetita de madera. Menuda memez.

—S' llama laúd —informó Caleb, con la boca llena de morsa.

—¿Mande?

—¡SE LLAMA LAÚD, HAMISH!

—¡Sí que he mandado unos cuantos al ataúd, sí!

—Qué va, es para cantar canciones finolis a las señoras —dijo Caleb—. Sobre... flores y cosas de esas. *Romance*.

La Horda conocía aquella palabra, aunque se refería a una actividad que había quedado siempre fuera del ámbito de sus ajetreadas vidas.

—Asombroso lo que hacen las canciones con las señoras —concluyó Caleb.

—Hombre, pues cuando yo era chaval —dijo Truckle—, si querías ganarte el interés de una chica, tenías que cortarle el comosellame a tu peor enemigo y presentárselo a ella.

—¿Mande?

—¡HE DICHO QUE TENÍAS QUE CORTARLE EL COMOSELLAME A TU PEOR ENEMIGO Y PRESENTÁRSELO A ELLA!

—Ajá, el romance es una cosa maravillosa —dijo Hamish el Loco.

—¿Y qué hacías si no tenías peor enemigo? —preguntó Willie el Chaval.

—Ibas y le cortabas el comosellame a quien fuera —dijo Truckle— y así conseguías enseguida un peor enemigo.

—Hoy en día es más normal dar flores —reflexionó Caleb.

Truckle echó un vistazo al intérprete de laúd y a sus forcejeos.

—No se me ocurre en qué estaría pensando el jefe al traer este trasto con nosotros —dijo—. Y a todo esto, ¿dónde está?